

● José Antonio Rosado Zacarías

AMÉRICA LATINA Y SU LITERATURA: VIOLENCIA E IMPERIALISMO

La violencia parece la razón de ser de América Latina.
JULIO BARREIRO, *Violencia y política en América Latina*.

La violencia se ha convertido en un elemento inherente a la realidad latinoamericana y por lo tanto a su literatura. Esta violencia, resultado muchas veces de los anhelos de libertad y del repudio por el despojo y la humillación del pueblo, así como de las frecuentes agresiones a los derechos humanos por parte de dictaduras o gobiernos represivos, ha tenido diversas manifestaciones y se ha caracterizado de modo distinto tanto en la realidad como en las obras literarias que pretenden reflejarla. Si pensamos en la explotación del indio que denuncia una obra indigenista como *Huasi pungo*, del ecuatoriano Jorge Icaza, estamos frente a una de las manifestaciones de dicha violencia, pero si pensamos en las dictaduras militares y en todos los matices de violencia que conllevan, estamos frente a *otra* manifestación, aunque muy emparentada con la primera, de lo que J. E. Adoum llama —oponiéndolo a lo “real maravilloso”— lo “real espantoso”.

Por una razón o por otra, los golpes militares y las dictaduras que traen consigo, se han impuesto con violencia en nuestro continente y son producto de la eterna lucha por el poder que desde tiempos inmemoriales existe en la condición humana. Esta lucha ha incluido el afán expansionista que se ha perpetuado en la civilización occidental desde hace muchos siglos.

Pero, como afirma González Casanova, se debe distinguir entre las luchas por el poder meramente personales y las que tienen como objetivo “fortalecer ciertas estructuras del sistema social”. Las primeras caracterizan, en general, a los dictadores, quienes han tenido un papel acaparador en la historia del continente: desde la independencia de nuestros países hasta 1984 ha habido más gobiernos militares que civiles, y éstos se han modificado con el tiempo, pues llegó la época en que requerían de ejércitos profesionales, y así sus soldados fueron capacitados por extranjeros. Esto lo reconoce, por ejemplo, el Primer Magistrado de la novela de Alejo Carpentier, *El recurso del método* (1974), cuando exclama, ante la impotencia de aprehender al estudiante: “Y esa policía nuestra, coño, entrenada en los Estados Unidos, y que no sirve para un carajo, como no sea para pegar a hombres amarrados, dar tortol y ahogar gente en bañaderas”.

Dice González Casanova: “Los dictadores se transformaron en instrumentos de una política agresiva que tenía por objeto el establecimiento del neocolonialismo militar. El neocolonialismo se vinculó al desarrollo del capital monopólico bajo el apoyo de los nuevos líderes militares y de las superpotencias”.

Las grandes potencias han jugado un papel decisivo en la política neocolonial que los dictadores han impuesto en América Latina, debido casi en su totalidad a los intereses económicos que aquellas han tenido en el continente: proteger sus grandes monopolios del café, del azúcar, del banano. Esto produce subdesarrollo, explotación, hambre en las poblaciones afectadas, es decir, *violencia*. Recordemos, como elementos evidentes, la compañía

bananera en *Cien años de soledad* o en la trilogía bananera, de Asturias. Pero aun desde las primeras páginas de *El Señor Presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias, se hace patente la violencia económica, con las escenas de los mendigos, cuya avaricia causa división entre ellos.

En *El otoño del Patriarca* (1975), de García Márquez, Pedro Aragonés, moribundo, le dice al presidente: “usted no es presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones sino que lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos con el par de cojones de su acorazado”. Y en *La fiesta del rey Acab* (1964), novela sobre la dictadura del dominicano Trujillo, aunque con el nombre del despota cambiado, del chileno Enrique Lafourcade, dice Andrés, uno de los personajes, que el comunismo es un pretexto

para mantener regímenes a cargo [...] del poder vencedor, del comerciante. Para intervenir la política interna de los países [...] ¡Linda palabra! Sirve para muchos usos [...] Defensa de los pueblos contra el comunismo [...] Los españoles de Carlos V y Felipe II tenían otro pretexto, de orden más espiritual: someter a los indios a la fe católica [...] Pero ¡ustedes! [...] ¡Comunismo! ¡No han descubierto nada mejor! Manten-gamos los monopolios del banano, del azúcar, del café, del petróleo, del esta-ño, del cobre, para defender a estos países contra el comunismo. Compremos minerales por toneladas y vendámose-los por unidad, manufacturados, refinados [...] ¡Hermoso pretexto! En su



nombre he visto cerrar las universidades, envejecer a los dictadores del Caribe.

En *El Señor Presidente* es notorio el vínculo del dictador con el gobierno estadounidense, pues engaña a su exprotegido, Cara de Ángel, al decirle que tendrá que ir a Washington porque su reelección está en peligro; de hecho, envía a otra persona y manda torturar y matar a Cara de Ángel porque éste osó casarse con Camila, hija de su enemigo, el general Canales, injustamente acusado del homicidio del Coronel Parrales. Lo que debemos remarcar aquí es la *necesidad* del dictador de enviar a un emisario precisamente a Washington para verificar la protección del gobierno norteamericano. De ahí la prepotencia del dictador –que no se daría sin el apoyo del ejército y de la primera potencia mundial–, y también el dictador como hombre-mito, invisible para el pueblo, mitificado por el aparato publicitario, por el alejamiento y por los rumores del pueblo, entre otras cosas.

Ahora bien, en obras como *Tirano Banderas* (1926), de Valle-Inclán, el dictador no resulta ser tan mitificado como otros, pero cuenta con el apoyo de los extranjeros, sobre todo el de la colonia española, lo que aumenta su poder y le sirve para utilizar con más libertad la violencia y el terror. En *La fiesta del rey Acab*, un funcionario dice: “Dependemos del gobierno americano” y más adelante: “si el gobierno americano nos quita su apoyo, estamos liquidados”. El Primer Magistrado de *El recurso del método* reconoce también que “si implantaran el socialismo acá, a las cuarenta y ocho horas tendrían ustedes a los marines norteamericanos en Puerto Araguato” y que “los gringos son los romanos de América. Y contra Roma no se puede”. Habría que agregar que estos nuevos romanos no dejan ni escuelas ni acueductos y que sus trenes, cuyas vías pasan a menudo sobre suelos ensangretados por la *United Fruit Company* u otras empresas capitalistas, les sirven para transportar frutos y ejercer el colonialismo económico, avatar del ejercido durante el siglo XIX

por la sangrienta y castrante Compañía General de las Indias en la patria de Gandhi.

Dentro de todas las variantes de violencia que observamos en una dictadura militar, hay un elemento que salta de inmediato a la vista al leer cualquier novela de la dictadura y que está emparentado con la prepotencia del dictador: el *terror* producido deliberadamente, elemento que ya se encuentra de modo explícito en *Amalia* (1855), de José Mármol, donde hay constantes alusiones de sus efectos en la sociedad. Mármol lo utiliza ciertamente para denunciar el gobierno del dictador Rosas. Así se expresa el narrador:

El terror, –esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la más terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, según la expresión de Victor Hugo, empezaba a introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

Aunque en esta obra no ocurre sino al final, en muchas novelas de la dictadura el terror va unido al horror. Esta mezcla es patente en el cuento de Esteban Echeverría *El matadero*, aunada a lo patético, a lo grotesco y a las exaltaciones románticas contra los federales. Tanto en la obra de Mármol como en la de Echeverría, Rosas es el hombre vulgar y grotesco, que todo lo acapara, que todo lo espía, que todo lo sabe y que a la vez está en un lugar aparte, *alejado* de su pueblo. Estas mismas características, con otros matices, se presentan en los dictadores de



Tirano Banderas y de *El Señor Presidente*. Así, en esta última obra, se dice que el domicilio del Presidente “se ignoraba porque habitaba en las afueras de la ciudad muchas casas a la vez”, lo que implica un alejamiento absoluto de su pueblo, donde el Sistema de Terror es evidente desde el principio y está ligado al horror. Este Sistema implica que todos están envueltos, implícita o explícitamente, en el proceso de terror, aun cuando no



tengan nada que ver en política. En la novela de Asturias, un sacristán fue torturado y hecho preso sólo por quitar un aviso del Presidente: “por un delito que cometí por pura equivocación. ¡Figure usted que por quitar un aviso de la Virgen de la O, fui y quité del cancel de la iglesia en que estaba de sacristán, el aviso del jubileo de la madre

del Señor Presidente!”. Es sintomático, dicho sea de paso, que se haga alusión a la madre del dictador, ya que una característica propia de muchos déspotas es la ausencia de la figura paterna en la infancia.

Ahora bien, si el Sistema de Terror, como afirma Gabriel Aguilera, “coincide y se confunde con un sistema de autoridad y es dirigido por aquellos que ya están en el poder y controlan las instituciones normales de seguridad, nos encontramos con un Régimen de Terror”. En la dictadura, los hombres en el poder intimidan a la población con actos de violencia o destrucción y de algún modo llegan a propiciar actos de terrorismo por parte de la contraviolencia. La novela de Asturias es clásico ejemplo del Régimen de Terror, aunque no posea una contraviolencia tan arraigada políticamente como en *Tirano Banderas*: el general Canales en *El Señor Presidente* se percató de la miseria del pueblo una vez condenado a muerte por una calumnia, y es ahí cuando desea intervenir con naciente conciencia revolucionaria, pero fracasa. En la obra de Valle, a pesar de la conciencia política, el lector sobreentiende que el régimen dictatorial continuará, pues, así como Porfirio Díaz sirvió a la Revolución y luego a los intereses extranjeros, así lo harán los déspotas del futuro, cuya retórica será similar.

Pero resulta simplista y maniqueo atribuir la violencia y el terror únicamente a la influencia externa o al imperialismo. En más de una ocasión los pueblos se han hartado de sus gobernantes a pesar de las presiones externas. Un factor muy importante para la continuidad de la violencia es la complicidad interna: los vende-patrias o los aduladores, la oligarquía que ha comprado la prosperidad de sus tataranietos con el dinero de los explotados. Lo único que podrá cambiar el panorama de América Latina y de todos los países de la periferia, de todas las naciones explotadas, es —no el apoyo “incondicional” de las potencias extranjeras—, sino la toma de conciencia, la transfor-

mación moral de la oligarquía interna, la canalización social y no la monopolización del capital y de las empresas. Pero los humanistas –desde Erasmo y Tomás Moro y ya desde mucho antes– han acarreado consigo el odio y el desprecio de todas las formas de poder, han constituido parte de ese inconformismo del idealista a no resignarse a beber la realidad tal y como se la entregan (el inconformismo de don Quijote al pretender resucitar la “Edad de Oro” en la de hierro). Sin lugar a dudas, el escritor latinoamericano, sin importar su ideología, ya sea fascista, reaccionario, ultracatólico o contradictorio y pusilánime en su vida privada, ha contribuido con su mirada tendiente a la objetividad, a mostrar realidades, a metaforizarlas o representarlas con realismo y así encontrarse también a sí mismo y encontrar a su pueblo. Pero si la violencia, el terror a la muerte y a la tortura, el neocolonialismo, la explotación de los débiles y el racismo, entre otras cosas, se pudieran evitar con la palabra escrita, habría –como ya ha sucedido– gente que la prohibiría. Para algunos el arte suele ser sólo objeto de diversión y entretenimiento, *formas bellas y vacías de contenido*. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Adoum, Jorge Enrique (1990). “El realismo de la otra realidad”, en César Fernández Moreno [coord. e introd.], *América Latina en su literatura*, 12ª ed., Serie “América Latina en su cultura”, México, Siglo XXI editores/UNESCO, pp. 204-216.
- Aguilera, Gabriel (1972), “El proceso de terror en Guatemala”, en Guillermo Yepes Boscán [recop. y pref.], *Violencia y política*, Caracas, Monte Ávila Editores, pp. 157-190.
- Asturias, Miguel Ángel (1987), *El Señor Presidente*, Madrid, Alianza/Losada.
- Barreiro, Julio (1971), *Violencia y política en América Latina*, México, Siglo XXI editores.
- Carpentier, Alejo (1974), *El recurso del método*, México, Siglo XXI editores.
- Echeverría, Esteban (1987), “El matadero”, en Seymour Menton [ed.], *El cuento hispanoamericano*, 3ª ed., México, FCE, pp. 13-33.
- García Márquez, Gabriel (1973), *Cien años de soledad*, 35ª ed., Buenos Aires, Sudamericana.
- _____ (1984), *El otoño del Patriarca*, Bogotá, Oveja Negra.
- González Casanova, Pablo (1986), *La democracia en México*, 17ª ed., México, Era.
- Icaza, Jorge (1979), *Huasipungo*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- Mármol, José (1980), *Amalia* [pról. de Juan Carlos Ghiano], México, Porrúa (Col. Sepan cuántos... No. 192).
- Lafourcade, Enrique (1964), *La fiesta del rey Acab*, Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag.
- Rosado, Juan Antonio (2001), *El Presidente y el Caudillo. Mito y realidad en dos novelas de la dictadura*, México, Coyoacán (Col. Diálogo Abierto No. 110).
- Valle-Inclán, Ramón del (1976), *Tirano Banderas*, Novela de Tierra Caliente, México, Espasa Calpe Mexicana (Col. Austral).

